

EN TORNO A LAS NEGOCIACIONES FRANCO-MARROQUIES

TRATAR del Marruecos actual con otra modalidad que la de la instantánea periodística es propósito tan irrealizable como pretender fijar en el lienzo los rasgos fisonómicos de los componentes de una muchedumbre que pasa atropellándose. Por ello, apartándonos deliberadamente de las fugaces estampas de la actualidad sólo intentaremos señalar lo que hay de estable tras ese primer plano de movimiento y constante modificación que desenfocan lamentablemente el problema marroquí. No llame a engaño la expresión «problema marroquí» cual si al emplearla nos refiriéramos sencillamente a un problema de orden interno o a lo sumo bilateral sin otras interferencias ni mayores proyecciones internacionales. En el mundo moderno, complicado por imbricaciones de intereses económicos, políticos y estratégico son muy pocos los problemas que se plantean y resuelven en el ámbito estricto de lo nacional. Si tal sucede con países soberanos, con mayor acuidad se produce este fenómeno al tratarse de países que han visto limitada su soberanía —aun sin perder su personalidad internacional— mediante tratados suscritos con varias naciones, como es el caso de Marruecos.

Tomando la altura del momento político de este país y simplificando al extremo una cuestión muy compleja, tanto por sus antecedentes como por las consecuencias, cabe decir que todo se reduce al problema de conseguir la independencia, latente en realidad desde que a Marruecos se le aplicó la fórmula de protectorado. En cuanto al problema de restaurar una unidad rota en 1912, no pasa de ser mera consecuencia de ese Protectorado, luego de la pérdida de la independencia. Es decir, que, en buena lógica, un vez concluidos de veras los Protectorados se recobrará la independencia y con ella la unidad.

Teóricamente Marruecos ha entrado ya en la segunda fase de su evolución —mejor dicho involución— pues según los marroquíes y al menos teóricamente se ha rebasado el tratado de Fez y sólo subsiste el Acta de Algeciras. No es esto una consecuencia de la vuelta al trono de S. M. Mohammed V, que sólo hubiera significado retroceder a la situación de antes del 20 de agosto de 1953 de no existir unas declaraciones del Gobierno francés. Ciertamente es que sin la presión llevada a extremos de sacrificio colectivo por el pueblo marroquí, Francia no hubiera encontrado su camino de Damasco por la ruta de Antsirabé ni hubiera hecho esa declaración de independencia a favor de Marruecos que contradujo totalmente su anterior y reciente actuación. No nos detenemos a comentar esa repentina rectificación de movimientos tácticos que sería ingenuidad asimilar a un cambio de meta que antes del 23 de agosto de 1953 se llamaba cosoberanía y ahora «interdependencia». Al menos, tal se desprende no ya de la declaración de 5 de noviembre de 1955 hecha por M. Pinay, entonces Ministro de Asuntos Exteriores, sino de todas las declaraciones que sucesivamente se han venido haciendo, incluyendo la de investidura del Presidente del Consejo, M. Mollet, que dijo textualmente: «El Gobierno tendrá que iniciar inmediatamente con el Gobierno de S. M. el Sultán de Marruecos las negociaciones que basadas en la independencia *reconocida* al Imperio cherifiano, llevarán a la nueva definición de los lazos que unan a los dos países. Los acuerdos por concluir consagrarán y organizarán la interdependencia de Marruecos y de Francia. Garantizarán los derechos adquiridos, asegurarán el porvenir de esos centenares de miles de franceses que han sido los «pioneros» del Marruecos moderno.»

En cuanto a la toma de posesión oficial de Francia según la declaración de 2 de marzo último, es sumamente clara. No deja lugar a dudas respecto a las directrices que por parte francesa se impondrán a las negociaciones en curso. Sin embargo, la claridad con que Francia no ha cesado de expresarse desde el regreso del Sultán tiene la curiosa particularidad de tornar cada vez más difícil de entender la llamada cuestión de Marruecos. ¿Por qué este fenómeno insólito de que a tanta claridad verbal corresponda tanta contradicción, incertidumbre y desasosiego en los hechos y en las reacciones? A nuestro juicio ello se debe en primer término a que al lanzar Francia la especie de que es la única nación jurídicamente capacitada para dialogar con Marrue-

cos «sin intervención de terceros», ha creado una ficción que si bien la favorece, al menos de momento, perjudica notablemente al pueblo marroquí al limitar sus posibilidades de maniobra a una sola dirección.

El hecho de que los representantes legales de las aspiraciones de sus compatriotas no hayan podido oponer a la tesis del «tête-à-tête» franco-marroquí una resistencia que hubiera tenido un fundamento jurídico incontrovertible, claramente definido en la nota del Gobierno español al Gobierno francés de 22 de septiembre de 1955, constituye una significativa maniobra gala. Hay que agregarle el que en la actualidad Francia tiene pendiente de ella a los dirigentes marroquíes, aunque éstos le presten atención de distinta manera. Pero esa misma diversidad atencional es otro éxito más para la tesis francesa en el diálogo. Revela cierta desorientación de una voluntad que hasta hace poco sólo se proyectó hacia dos metas que se confundían en una sola: el regreso del Sultán y la independencia. Ese salirse de la realidad jurídica no fué, por supuesto, un descuido, lo cual implicaría ir dando tropezones. Y en estos momentos Francia en la cuestión de Marruecos avanza con la premura del que ha vuelto a encontrar el camino, que es dominar con un pensamiento bastante preciso, pensamientos varios, desorientados y hasta opuestos desde que ha estallado la bomba de «la independencia en la interdependencia». No escogemos casualmente este símil al referirnos a lo que es fórmula definidora de las intenciones de Francia respecto a Marruecos. En efecto, aparte de la natural sorpresa que causó una decisión bruscamente tomada después de los aplazamientos que sucedieron a los trabajosos acuerdos de Aix-les-Bains, hay en una bomba que estalla una fuerza que se dispersa y dispersa. Lo que dispersó en primer término la declaración francesa de La Celle-Saint-Cloud es la cohesión entre el pueblo marroquí y sus dirigentes y entre los mismos dirigentes de los partidos nacionalistas, señaladamente el más representativo, el Istiqlal. Al nombrar al Istiqlal no se pretende ignorar al P. D. I., notablemente reforzado, numéricamente hablando, desde el mes de noviembre, por adhesiones masivas, algunas un tanto sospechosas en cuanto a sinceridad nacionalista, lo cual es un factor de desintegración interna, y en lo externo un medio «democrático» de neutralizar al Istiqlal llegada la hora de constituir un Gobierno. Dado el caso de que esta organización nacionalista ha venido ocupando en

el programa marroquí una posición más conciliadora y titubeante que el Istiqlal, es en ella menos sensible el fenómeno de confusión que se registra en su poderoso rival. ¿A qué debe achacarse que la línea recta del Istiqlal en favor de la independencia de su país pueda haberse quebrado de pronto en una serie de posiciones contradictorias entre sí, siendo las más extremas y opuestas las de Si Alal el Fassi y la de Mohamed Buabid? Resulta una perogullada decir que ello se debe al llamado concepto de «interdependencia», bastante explícito en el pensamiento de Francia para que nadie se preocupe de formular una definición, pese a la inquietud que suscitó en algunos sectores marroquíes al ser enunciado, mientras que era recogido por otros, y no los menos representativos de lo que llamaríamos el país «legal».

No es poca suerte inicial para la vecina nación haber conseguido desarticular —al menos antes de las negociaciones— la unidad del pueblo marroquí con una sola palabra que por carecer de significación conocida y de aplicaciones prácticas deja un portillo abierto a todas las ilusiones, las credulidades y hasta las picardías. Una palabra que lo mismo puede ser el marco de una colaboración desarrollada sobre una base de mutua lealtad que una nueva forma de supeditación adaptada a circunstancias derivadas de las transformaciones que se registran en el mundo. En efecto, en el panorama de las áreas aún dependientes, en las que Marruecos sólo ocupa un lugar limitado, se hace patente la agonía de la era de dominaciones políticas de los pueblos, viejo concepto romano vertido en las odres de los siglos XIX y XX. A aquella etapa de la historia corresponde el llamado «colonialismo». Sería cándor puro pensar que las potencias coloniales se resignan de la noche a la mañana a renunciar a un sistema del que han conseguido ventajas de todo orden, singularmente materiales. De ahí esa resistencia pasiva y activa a ceder terreno hasta que la fuerza incoercible de los hechos obliga a buscar otra fórmula, no tan beneficiosa desde el punto de vista del prestigio, pero en el fondo idénticamente provechosa en el orden práctico. Francia, que a un momento dado de sus relaciones con Marruecos halló un Sultán de «repuesto», crea acaso en este momento de evolución de Marruecos una fórmula de «repuesto» para un protectorado que jurídicamente no puede subsistir por la oposición abierta del pueblo marroquí, pueblo que se ha tirado a la calle y al monte, y que, por supuesto, sigue en la calle y sigue en el monte. Y amaña la extraña fórmula.

de «independencia en el marco de la interdependencia», especie de Ben Arafá jurídico que garantice su presencia indefinida en el suelo marroquí. Por cierto que en sus designios de futuro, Francia no puede engañar a nadie. Al contrario, deja bien al descubierto sus cartas de las que ya ha empezado a jugar alguna. Marruecos gozará de toda libertad para constituir y derribar Gobiernos, tener un Parlamento, representantes electos, etc. Será políticamente independiente y podrá adoptar el sistema de gobierno de sus preferencias o conveniencias. Pero en la «interdependencia», a la que Francia liga y condiciona la independencia, no hay que olvidarlo, junto a la menos nociva realidad de las relaciones culturales entrará de rondón, como al descuido, lo económico, es decir, lo fundamental en este mundo moderno que enronquece hablando de libertad y tiene las manos encadenadas por los insoslayables imperativos de la economía.

Estas circunstancias se dan en Marruecos con mayor claridad que en naciones que han permanecido en una línea ininterrumpida de soberanía. Es decir, que en Marruecos el clamor por la libertad adopta formas desesperadas y combativas, en tanto que las realidades económicas gravitan sobre él con peso acentuado, ya que por su situación de Protectorado se convirtió en terreno propicio a las construcciones económicas en que se buscó el rendimiento inmediato en perjuicio de las infraestructuras vitales para el desenvolvimiento de una nación moderna. De suerte, que al considerar cómo están planteadas las relaciones franco-marroquíes en el plano de lo concreto y no en el de las palabras, se evidencia que la actuación francesa en el suelo marroquí durante cuarenta años largos ha creado las condiciones para prolongar una dependencia de Marruecos respecto a Francia que Francia se esforzará en revestir de lazos sin duda nuevos, pero los más estrechos y duraderos posibles. Existen diversas condiciones favorables a la «interdependencia», entre ellos el hecho de que la casi totalidad de los cuadros técnicos de la industria implantada en el Marruecos cherifiano y de la agricultura llamada «moderna», aparte de los cuadros administrativos, son franceses. Ello no significa siempre que en lo no administrativo se haya apartado sistemáticamente a los marroquíes de los puestos de responsabilidad en el desarrollo económico del país, sino que faltan técnicos que no hubo prisa en formar. La zona cherifiana sólo cuenta en la actualidad con un ingenie-

ro de la Escuela Politécnica de París (Si M'Hamed Duiiri que forma parte del Gobierno marroquí en calidad de Ministro de O. P.) y unos cincuenta ingenieros de Escuelas de menos categoría, incluyendo entre los mismos a los antiguos alumnos de las Escuelas de Agricultura. Las declaraciones de Mohamed Buabid, erigido en doctrinario del Istiqlal que actúa en las esferas francesas, en ocasión del Congreso del Partido celebrado en diciembre en Rabat, confirman estos extremos: «Nos hallamos en la incapacidad material de poder gozar de nuestra independencia como lo desearíamos —dijo—. Carecemos de cuadros, de capitales y cuando decimos que sean definidos los lazos de comprensión y asistencia con Francia... es porque se necesita un procedimiento y negociaciones, es decir, etapas para que la transferencia de responsabilidades se lleve a cabo a la medida de nuestras capacidades» (1). En lo que respecta a las inversiones privadas efectuadas en 1954, se calcula que éstas corresponden en un 80 por 100 a capitales franceses. Por otra parte, Francia proporciona al Marruecos che-rifiano el 75 por 100 aproximadamente de sus medios de pago, lo que explica que en sus recientes declaraciones el Ministro de Hacienda, señor Benyelun, expresara el deseo de que Marruecos tuviera una moneda estable, pero vinculada a la zona del franco, lo cual, dijo «no es incompatible con la independencia», aunque es una clara manifestación de «interdependencia», que en la práctica sólo puede significar supeditación del franco marroquí al franco francés. Resulta muy difícil, en efecto, imaginar cómo el franco marroquí podría «interdependizar» al franco francés. En cuanto a los intercambios comerciales, se establecen como sigue con referencia al año 1954: Francia absorbió el 42,5 por 100 de las exportaciones marroquíes (42.600 millones de francos), mientras que Marruecos compró mercancías a Francia por más de 86.000 millones de francos. Finalmente, esa «interdependencia» comercial se fortalece con el control de los cambios, aunque este control haya sido mitigado por las decisiones de La Haya de 29 de agosto de 1952. Estas circunstancias de índole estatal que indudablemente son una hipoteca que pesa sobre Marruecos, se complementan con otra hipoteca que es el desarrollo en suelo marroquí de importantes empresas tentaculares que constituyen la casi totalidad de las empresas privadas existentes en la

(1) *L'Express*, 3-4 diciembre de 1955.

zona cherifiana. Hecho por consignar: pese a las circunstancias políticamente adversas para Francia, las empresas privadas no han dejado de registrar una sensible expansión.

Este superficialísimo esbozo del cuadro económico-comercial de Marruecos sugiere la impresión de que Francia manejará tales hechos como si tuvieran que conducir inexorablemente a gravar con una hipoteca el porvenir del país. Le será tanto más fácil conseguir su pretensión cuanto que por quemar las etapas de la destutelación y pasar sin transición de «nada» a «todo» —aunque sólo sea en teoría— ha colocado de pronto a la zona cherifiana cara al espectáculo de ruina y caos que significaría una repentina independencia, real y total, que la abrumaría con una carga desmedida para las fuerzas de Marruecos de hoy. Al hablar de carga, no nos referimos exactamente a la política, la más liviana de llevar, sino a la administrativa, financiera, social, etc. Ante esa perspectiva nada halagüeña el reflejo de Marruecos con responsabilidades ha sido agarrarse al potencial de ilusión encerrado en la palabra «independencia», aun cuando la acompaña la «interdependencia» indefinida, mejor dicho permanente, como a una fórmula tranquilizadora que soluciona todos los problemas y tiene la mágica virtud de conciliar lo que es difícilmente conciliable. Olvidar —o no querer admitir— que existen fórmulas que teniendo en cuenta las realidades de momento darían la independencia y no el sucedáneo de la misma, cual la asociación, implicaría para la zona cherifiana ir a las negociaciones resignada a sólo conseguir una cosa recordada, lastrada y desvirtuada que sería llamada independencia por los cándidos... y los pillos. Dando «gato por liebre» les servirían a los negociadores la «independencia en la interdependencia» cuando el pueblo ha luchado —y sigue luchando— por algo claro y de todos entendido, sin adimentos que se abren camino en los cerebros cultivados, pero a los que opone espléndida cerrazón el magín popular.

Este no entendería —y compartimos su dificultad— por qué el gobierno de un país que ya era, según dijeron, independiente, precisó de un decreto del residente francés para entrar en funciones.

No entendería tampoco —ni nosotros— por qué cuando cándidamente el Departamento de Estado norteamericano felicitó, en noviembre, al nuevo soberano independiente, Mohammed V, el Embajador de Francia en Washington recordó airado que su país asumía las relaciones exteriores de Marruecos, exactamente como cuando era un Protectorado.

No más se le alcanzaría por qué Francia reserva al mismo tiempo que para sí, para Túnez y Marruecos, terreno en el recinto de la Exposición Internacional de Bruselas que tendrá lugar en 1958. Sin embargo, el medio sangre árabe no da ninguna espantada ante estas señales cogidas al azar de que es «una mano de hierro en un guante de terciopelo» la que le lleva por la brida. Y le ha colocado además anteojeras para no dejarle ver más que un camino: el que va de Rabat a París. Ello no impide, ciertamente, que a ambos lados de ese camino está el hecho de que la cuestión de Marruecos no es un problema interno, como ya hemos dicho, ni siquiera franco-marroquí, términos a que le conviene a Francia constreñirlo, sino un problema multilateral. En cierto modo es intermargrebí porque interesa a Argelia y a Túnez. Es internacional porque en él tienen arte y parte las potencias signatarias del Acta de Algeciras que subsistirá una vez derogado el Tratado de Fez. Y no mencionamos a España porque en su calidad de coprotectora tiene voz y voto en lo relativo a la totalidad de Marruecos y, desde luego, no se ve afectada por las decisiones francesas que conciernen a su propia zona de protectorado, y que de prosperar mantendrán dividido al país. Finalmente, Marruecos, y cuanto allí sucede, tiene proyecciones en el mundo árabe del que Francia maniobra para desligarlo, casi con tanto ahinco como para conseguir que le vuelva la espalda a España, pretensión ésta que dada la incuestionable amistad hispano-árabe debe suscitar preocupación por parte de los responsables de la zona cherifiana, moviéndolos a no «interdependizar» sus criterios políticos con los de Francia, en particular ante unas negociaciones en que la mayor baza que tienen los negociadores marroquíes es una rebelión armada que actúa y se incrementa un poco fuera de su control. Otras, que la suerte había colocado en sus manos, las han puesto en reserva, quizá dolidos por apariencias no gratas para algunos de sus deseos. Pero los hechos van demostrando, y lo demostrarán aún más, que es España la que mejor quiere a Marruecos y desea como ninguna otra nación que sea libre. Aunque sólo sea por egoísmo que es la *ratio ultima* de todas las políticas.

De ahí que suenen como notas discordantes de un concierto de realidades que no sepulta un alud de palabras con poco valor en sí, ciertas posturas que pueden confundirse con una resignación ante las negociaciones e incluso con un estar dispuesto a mucho más de lo que oficialmente ha reclamado Francia hasta ahora. Nos referimos concre-

tamente a las declaraciones hechas por el Ministro de Estado señor Buabid, uno de los negociadores de las nuevas relaciones franco-marroquíes (1). De la misma, sólo reproducimos los párrafos más sobresalientes, aunque todos son enjundiosos: «El Marruecos independiente —dijo— propugna por su unidad territorial y necesita defender por sí mismo su causa, tanto frente a España como frente a las potencias signatarias del Acta de Algeciras. Pero éstas, sólo con dificultad aceptarán la intervención de Francia: el juicio del Tribunal de La Haya ha demostrado hace años que Francia no podía obtener de las demás potencias una renuncia a sus derechos basados en tratados. Si Francia y Marruecos sustentan el mismo criterio, el argumento de esas potencias extranjeras caerá. Me apresuro a agregar —prosiguió— que la concesión de una representación diplomática al Gobierno marroquí no significa que nuestra política extranjera se oriente de otro modo que la de Francia. Por supuesto, puede no carecer de interés para Francia tener a su lado en la O. N. U. a una Delegación Marroquí que votaría en el mismo sentido que ella.» Hemos recogido esta cita, pues no hay extremo de la misma que no llene de admiración. Por ejemplo, se ha venido especulando en torno a la «independencia» otorgada por Francia. La prensa francesa lanzó a los cuatro vientos alaridos de horror y rasgó sus vestiduras porque España no imitaba el generoso ejemplo y se oponía alevosamente a que el país «independiente» gozara de su lógica unidad, y hete aquí que Marruecos —así lo admite uno de sus negociadores—, tuvo que discutir la «concesión» de dos de las condiciones inherentes a la soberanía, cuales son la libertad en las relaciones exteriores y un ejército nacional. En cuanto al ofrecimiento de que Marruecos ajuste en la O. N. U. su política con la de Francia, significaría la negación de uno de los postulados con más ahinco antaño defendido por el Istiqlal: la vinculación de Marruecos al mundo árabe. En cuanto a los arrestos del señor Buabid para defender la unidad de Marruecos «frente a España y las demás potencias signatarias del Acta de Algeciras» no tendrían otro valor que demostrar cuán bien caladas lleva las anteojeras si no fuera además síntoma revelador de un cierto Marruecos donde la opinión de una minoría destacada se ha fragmentado proyectándose hacia supuestos ideales y falsos objetivos que hacen el «black out» sobre el verdadero y permanente.

(1) *L'Express*, 16 enero 1956.

Ciertamente que no se debe conceder a las declaraciones de prensa del señor Buabid, ni el propio señor Buabid, una excesiva importancia en el marco general de Marruecos y del mismo Istiqlal, porque la soga que tanto dió que hacer a la Administración Francesa se ha roto por el punto más débil: allí donde no se diferencia claramente cuáles son los objetivos grandes nacionales y los más pequeñitos de orden personal. Por otra parte, en el cuadro del Marruecos que ha surgido al regreso de Mohammed V —poco menos que imposible de definir dada la compleja situación de fluidez e inestabilidad— el señor Buabid representa a un sector brillante que ocupa el primer plano del escenario político, pero que aparece un tanto divorciado de las masas humanas que se le han ido un poco de las manos y siguen actuando en parte al dictado de organizaciones secretas que no dejan de preocupar al joven gobierno marroquí, cuyos llamamientos —como los del Sultán— no son muy oídos. Existe la sospecha de que tales organizaciones obedecen a consignas y luchan por objetivos algo divergentes de ese buen deseo de «organización occidentalizada» en que ya han sido distribuidos los primeros papeles. En las masas urbanas proletarizadas —señaladamente en Casablanca— hay un potencial explosivo de sentimientos y resentimientos que se vienen expresando en el grito de «ahia-al-Malik». Se lo enseñó un Istiqlal que se ha modificado desde aquella lección elemental de nacionalismo. Y cabe preguntarse ¿las reivindicaciones de las masas marroquíes seguirán indefinidamente expresadas por ese grito apasionado, vinculado a lo que ante todo fué símbolo del Marruecos que era llevado donde no quería ir? «Se nos acusa de crear la opinión de las masas. El reproche es inexacto. Sólo intentamos formularla», dijo Trotsky. Esta escueta indicación de técnica revolucionaria tuvo una aplicación práctica: la revolución de 1917 hecha con dos palabras, «tierra y paz», de las que Lenin intuyó todo el poder explosivo por expresar las reivindicaciones fundamentales de millones de campesinos y soldados. Es dudoso que «independencia en la interdependencia» tenga el mismo valor aglutinante y fascinador para unas masas que han tomado conciencia de su fuerza y que, un poco desorientadas por un cambio de situación que no entienden claramente, se limitan de momento a dispararse, aun repitiendo las mismas consignas que no tienen ya el mismo significado. En lo que al campo respecta, donde existe otro tipo de masas no menos dignas

de ser tenidas en cuenta a todos los efectos que las urbanas, es un secreto a voces que un amplio sector de las mismas ha entrado en rebelión, aunque está en contacto con el Comité de Liberación de El Cairo.

En rigor, el problema de Marruecos tiene un planteamiento que calificaríamos de triangular, siendo bases de ese triángulo Rabat y El Cairo y vértices la pequeña zona jalifiana. Consideramos excusado el comentario respecto a la actitud española ante la brusca evolución de una situación que en la otra zona y durante dos años largos ha sido un complejo de inmovilismo y terrorismo. Por otra parte, sería caer en machacona reiteración formular la doctrina de España respecto a Marruecos que CUADERNOS desde su fundación vienen comentando con toda libertad de pensamiento y de expresión. A estas alturas nadie puede desconocer que la independencia y la unidad de Marruecos son objetivos permanentes de la política exterior española, aunque circunstancias materiales insuperables de origen ajeno (1904) hayan constreñido España a resignarse al aplazamiento de sus ideales frustrados, no por otro motivo que su propia debilidad que no pudo apuntalar la debilidad de Marruecos. Pero cejar ni significa renunciar o lo que ha sido y sigue siendo constante de la política española, en particular, cuando la negativa a esa renuncia tiene un claro fundamento jurídico, firme garantía de que un pequeño trozo de Marruecos —el hueso— estorbará evidentes designios de inclusión del conjunto en edificaciones postimperiales y extra marroquíes. Con lo cual la totalidad del país tendrá un portillo abierto a la esperanza, cualesquiera que sean en definitiva las fórmulas que se amañen en París. Por otra parte, la indeclinable voluntad española de que Marruecos sea independiente y uno se complementa en la actualidad con los deseos de otros países implicados en la cuestión marroquí, por motivos e intereses de distinto orden que los de Francia, pero sensiblemente paralelos a los de España, que al hacer valer su punto de vista no expone un punto de vista estricta y exclusivamente nacional. De ello se desprende que, invirtiendo los papeles distribuidos por iniciativa francesa y ajustándose a la realidad política que está a ambos lados del camino Rabat-París, le corresponde a la zona jalifiana una misión que no vacilamos en calificar de histórica. Es todo un programa de claro porvenir el que le está brindando cumplir a esa zona, que recortada mezquinamente en

lo geográfico, ha demostrado ya en circunstancias pésimas para Marruecos la amplitud y firmeza de su contenido espiritual y humano. Merced a la zona jalifiana, vértice del triángulo, puede operarse una síntesis válida de conceptos y acciones dispersos que logren reflejar el verdadero semblante de un Marruecos sin duda alguna equiparado al mundo moderno, pero sin necesidad de arroparse en oropeles ajenos.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA